

Edición: Imeldo Álvarez.
Diseño: Cecilia Guerra.
CLASIFICACIÓN BIBLIOTECA NACIONAL: 917 2912.

REINALDO ELEJALDE RODRIGUEZ

INTRODUCCIÓN

*Amor
a Cuba
desde Francia
y en
francés.
curso de
madre adoptiva*

«La France, ma mère adoptive,
n'a rien changé, n'a rien diminué
de cette ardente affection pour
mon pays; c'est elle qui vous rap-
porte aujourd'hui, comme un reli-
gieux hommage, le tribut de son
expérience, le fruit de sa civili-
sation.»

Mme. Merlin.

En la casona principal de los señores condes de Casa Jaruco observábase un júbilo clamoroso. A los amos les había nacido su primera hija. Por las galerías y las habitaciones bulliciosos esclavos comentaban el suceso feliz multiplicando los adjetivos elogiosos, las palabras más galanas para encomiar la belleza de la recién nacida. La niña María de la Merced Santa Cruz y Montalvo había nacido en La Habana, capital de la isla de Cuba, el 5 de febrero de 1789.¹ Pocos días después la llevaban a bautizar, según los ritos católicos, a la parroquia mayor de San Cristóbal de esta ciudad.

Sus padres pertenecían a la más rancia nobleza española establecida en la isla antillana. El apellido Santa Cruz remontaba sus orígenes a los primeros siglos de las guerras llamadas de «reconquista» contra los moros. Procedía de Soria y su estandarte tremoló en la famosa batalla de las Navas de

¹ Esta fecha fue confirmada por Domingo Figarola-Caneda, quien reprodujo la fe de bautismo en su obra *La condesa de Merlin*, París, Éditions Excelsior, 1928, p. 8, rectificando así los errores en que cayeron otros investigadores y eruditos.

Tolosa en 1212. Un descendiente de la familia, don Juan Beltrán de Santa Cruz, participó en la empresa de la conquista del Nuevo Mundo y la familia quedó instalada en Cuba desde los primeros tiempos de la colonización española.²

Don Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas (1769-1807) fue el tercer poseedor del título de conde de San Juan de Jaruco. Tenía quince años cuando casó con María Teresa Montalvo y O'Farrill, perteneciente como él a muy renombrada familia, que apenas arribaba a los doce. Tanto por la rama paterna como por la materna, la recién nacida estaba ligada a las más destacadas familias de los llamados «patricios» criollos del siglo XVIII. Tío de su madre era el general Gonzalo O'Farrill (1751-1833) que ocuparía cargos muy importantes en la corte borbónica de Carlos IV, rey de las Españas y de las Indias, y después en la corte de José I, hecho monarca de España por imposición imperial de su hermano Napoleón.

Los patricios que se congregaban en torno al matrimonio Santa Cruz para agasajar el fausto acontecimiento estaban transformando la opaca factoría que hasta entonces había sido Cuba en una colonia de creciente importancia económica. Precisamente en el mismo mes y año en que nació María de la Merced fue autorizado el comercio libre de esclavos africanos bajo todas las banderas. «Al amparo de tal disposición se habían importado más de 20 000 negros.»³ El «diligente» Apoderado del Ayuntamiento de La Habana, don Francisco Arango y Parreño (1765-1837) había obtenido de la corte de Madrid otras franquicias que favorecían a la «honrada» clase de los hacendados y comerciantes establecidos en la lejana colonia. Junto con el crecimiento de la producción azucarera se tenía que obtener la abierta importa-

² Conde de San Juan de Jaruco, *Historia de familias cubanas*, La Habana, Editorial Hércules, 1940, t. I, p. 318 y ss.

³ Ramiro Guerra, *Manual de Historia de Cuba*, La Habana, 1938, p. 201.

ción de brazos africanos que contribuyesen a aumentar los «saludables» intereses de estos criollos. La destrucción de la riqueza azucarera de Haití, debida a la intensa lucha de los esclavos contra sus amos franceses, colaboró en el proceso que transformó a Cuba en la primera productora de azúcar en América. La factoría convertíase en plantación: emergía el poderío de la llamada sacarocracia cubana que —bajo un manto u otro— impondría su dominio sobre la isla por más de un siglo.⁴

Los datos sobre la infancia de María de la Merced los han extraído sus biógrafos de las páginas de su primera obra literaria *Mes douze premières années*, que publicó en París en 1831. Estos años de la niñez correrían plácidamente bajo el sol abrasador, por lo que ella escribiría: «Esa influencia del clima de fuego que nos ha visto nacer, clima bajo el cual no hay infancia.» Sí tuvo infancia María de la Merced, creció rápidamente la niña —¿no la llamarían quizás la niña Mersé?— y aprendió a leer y escribir pronto, muy observadora de cuánto ocurría a su alrededor: «Mi sensibilidad, puesta en acción desde temprano, tuvo un desarrollo precoz.»

Muy poco tiempo después de su nacimiento, su padre recibió una carta de un pariente suyo establecido en Italia quien le rogaba fuera a visitarlo. Los padres emprendieron el largo viaje a Europa y la pequeña niña tuvo que quedar al cuidado de su bisabuela, doña Luisa Herrera y Chacón, a quien ella llamó siempre «Mamita» y así la recuerda con cariño en sus obras. «Este primer suceso de mi vida tuvo una influencia grandísima en mi educación y en mi destino.» Pocas limitaciones ponía la «Mamita» a los caprichos de la niña ingeniosa; todos eran mimos para aquella criatura que

⁴ Manuel Moreno Fragnals, *El ingenio*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964, p. 8.

era como el último anillo que le crecía a la extensa cadena familiar.

No fue improductivo el viaje de don Joaquín y su esposa por tierras europeas. Después de visitar varios países se instalaron en Madrid. En la corte de Carlos IV don Joaquín fue designado gentilhombre de cámara de Su Majestad en 1792; más tarde, en 1795, Caballero de la Orden de Calatrava, y ese mismo año, subinspector general de todas las tropas de la isla de Cuba. Logró que el gobierno real aprobara la realización de grandes obras en su isla natal, tanto en la parte oriental (Nipe y Guantánamo), como en la parte occidental (Matanzas, Mariel, Güines), por lo que fue designado presidente de la comisión que habría de realizarlas. «Con el objeto de ayudarlo en sus grandes empresas —dice uno de sus descendientes— el gobierno lo favoreció con privilegios para introducir en la isla con bandera extranjera, harinas y otros renglones de consumo.»⁵ Dicha concesión fue otorgada al conde gracias principalmente al representante de la oligarquía habanera en la corte madrileña: Arango y Parreño. Pero en la empresa comercial intervenía el ministro del rey, Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, y el embajador de España en los Estados Unidos, Carlos Martínez de Iraujo. No son para recordar aquí los incidentes a que dio lugar esta concesión; los beneficios obtenidos por los intermediarios a partir de los empresarios norteamericanos que exportaban la harina a La Habana, los miles de barriles de harina podrida que hubo necesidad de tirar al mar, las alzas enormes de precios y los contrabandos que se hicieron bajo sus franquicias con todo lo cual estuvo relacionado Pablo José Valiente, intendente de Hacienda en la isla, y otras «gentes de primera consideración en la Habana».⁶

⁵ Conde de San Juan de Jaruco, *ob. cit.*, p. 338.

⁶ Manuel Moreno Fraguinals, *ob. cit.*, pp. 36-37.

Cuando la niña tenía «cerca de ocho años y medio» regresó su padre de Europa. Venía investido de altos poderes, subinspector de las tropas (no inspector, como diría la escritora), situado al frente de grandes empresas que participarían en la transformación económica de Cuba, a lo que se añadiría la fundación de Nueva Paz, al sur de La Habana, y la proyectada construcción del canal de Güines. Participaba así en el despertar de la incipiente burguesía criolla que se fortalecía a través de múltiples empresas. En la casa del conde de Casa Jaruco se reunían los representantes más conspicuos de la colonia. A ella concurrían viajeros ilustres, como el duque de Orleans, que sería más tarde Luis Felipe I, rey de los franceses, gracias a la revolución de 1830, y el no menos ilustre barón Alejandro de Humboldt —llamado después «el segundo descubridor de Cuba»— quien se atraería más tarde la enemistad de sus huéspedes habaneros cuando dio a la publicidad su Ensayo político sobre la isla de Cuba con sus ataques al régimen esclavista que en estas tierras imperaba.

El regreso de don Joaquín produjo alborozo a su hija que prácticamente no lo conocía. Pasó de la casa de «Mamita» a la de su padre. Pero poco le duraría el contento: su padre debía embarcar pronto hacia Madrid. Se decidió que la niña no quedara al cuidado de su bisabuela, demasiado consentidora sino que ingresara en el convento de Santa Clara, uno de los más antiguos de la ciudad. Allí Mercedes comenzó a conocer el aburrimiento. No importó que las monjas apreciaran su bella voz, que la madre superiora le elogiara las virtudes del encierro monástico. Pensó que tenía que huir del convento. La decisión adoptada revela ya la independencia de su carácter. Entre las monjas la había atraído una joven, callada, melancólica, con la cual simpatizó; era la madre Santa Inés que sería la heroína romántica de su segunda obra literaria, *Histoire de la Soeur Inés* (París, 1832).

Sor Inés la ayudó en la fuga. Aunque insistieron en que retornara al convento no fue posible convencerla, quedó por el momento al cuidado de una tía, la marquesa de Castelflor, hasta que su padre decidió que se reuniera toda la familia en Madrid.

Aquí concluyen los doce primeros años de Mercedes. Salió de su tierra natal el 25 de abril de 1802 en la escuadra que mandaba el almirante Gravina. Aunque algunos biógrafos señalan que no se sabe quién la acompañaba, en su primera obra literaria dice claramente que iba con su padre. Tenemos que recordar aquí la partida similar de Gertrudis Gómez de Avellaneda treinta y cuatro años más tarde. La niña Mercedes llegó a Cádiz, pasó por Sevilla, más tarde por Aranjuez, donde estaba la Corte y, por último, arribó a Madrid. «A los once años ya había llegado a todo mi tamaño y, aunque muy delgada, estaba tan formada como cualquiera otra a los diez y ocho. Mi color de criolla, mis ojos negros y animados, mi pelo tan largo que costaba trabajo sujetarle, me daban cierto aspecto salvaje, que se hallaba en relación con mis disposiciones morales... Viva y apasionada con exceso, no vislumbraba la necesidad de reprimir mis emociones y mucho menos la de ocultarlas.»⁷

María Teresa Montalvo, con sus hijos Manuel María y Pepita, que habían nacido en España, esperaba ansiosa a su esposo y a la hija criolla que no había visto crecer. La hermosa condesa habanera había alcanzado nombradía en la Villa y Corte. Gentes de mucho postín se reunían en su salón. Moratín, Quintana y Arriaza desgranaban sus versos neoclásicos; los más sonados cantantes de la época entonaban allí sus melodías. A ratos era visita de la casa el pintor de Su Majestad, aquel aragonés tozudo que respondía al nombre de don

⁷ Condesa de Merlin, *Mis doce primeros años*, La Habana, imprenta «El Siglo XX», 1922, p. 97. (En adelante, citamos por esta edición.)

Francisco de Goya y Lucientes. Al conde de Jaruco y de Mopox —que era título nuevo que había obtenido— no le gustaban tales reuniones. Estaba bien que su mujer escribiera versos cuando era una adolescente. Pero aquellos literatos y artistas no eran de su gusto. En el palacio de la calle del Clavel, que ha comprado, le gusta recibir a don Manuel Godoy que ha llegado a ministro gracias a las bondades de Carlos IV y sobre todo de la reina María Luisa. Mucha malquerencia se levanta contra la condesa habanera que tanto ingenio despliega en los salones. A la envidia que provocan su belleza e inteligencia, se añaden también las ambiciones políticas. Lo cierto es que en memorias y crónicas se explañan chismes virulentos contra Teresa Montalvo. Hasta lady Holland, que residía por entonces en Madrid, dice de ella en su libro *Mi viaje por España*: «Hermosa habanera, en extremo voluptuosa, que vive entregada por completo a la pasión del amor.»⁸ Durante los años que ha estado don Joaquín en Cuba los rumores malignos han crecido.

Pero la historia —la grande historia— precipita sus pasos. Napoleón hinca sus garras en España. Invaden sus ejércitos la península. La realeza, los nobles de rancieros apellidos, acatan servilmente al invasor. Al estallar disturbios y asonadas, Teresa —que de nuevo está sola, ya que su marido ha viajado a Cuba para cuidar de sus intereses— huye de su palacio y se refugia con sus hijos en casa de su tío, el general O'Farrill. No pasará mucho tiempo sin que estén, junto a otros aristócratas, en la corte del nuevo monarca, don José I, al que el pueblo español llama burlescamente «Pepe

⁸ Citado por Joaquín de la Lastra en «Teresa Montalvo» en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1941, vol. XLVIII. Sobre los supuestos amores de Teresa Montalvo con José I habla también el marqués de Villa Urrutia en «La Condesa Merlin» en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1931, vol. XXVII. A ellos también se refiere Augusto Martínez Olmedilla en *Nuevas memorias de un afrancesado*, Madrid, 1952, p. 181.

Botella». Los Borbones han huido y en distintos puntos de España se levanta en armas el pueblo. No se van a poner ellos, los encumbrados señores, al lado de menestrales y campesinos. Ahora son «bonapartistas», «afrancesados», al lado del sol que más alumbra.

Ya había muerto en La Habana el ilusionado conde de Jaruco y Mopox. Todos sus proyectos fracasaron, sus deudas crecieron enormemente. Y don Joaquín enfermó de hidropesía, que lo llevó a la tumba en febrero de 1807. Pero no importa. El general O'Farrill es designado ministro de la Guerra por el nuevo rey, a quien es presentada muy pronto la hermosa habanera, ya viuda, acompañada por sus tres hijos. Ahora se rumora en la corte que «Pepe Botella» le hace olvidar las tristezas de la viudez. Los resquemores políticos exacerbados dan pábulo a estos rumores hasta el extremo de que en un folleto político, publicado años después, se la califica de «disoluta y escandalosa».⁹ Otros opinan, sin embargo, que María Teresa en los últimos años de su vida gozó de muy poca salud, lo que mal se compagina con la vida galante que se le ha atribuido.

Lo cierto es que la encumbrada posición del general O'Farrill se revierte en privilegios para sus familiares. De esa manera es como la joven María de la Merced, que se ve muy cortejada, es solicitada en matrimonio por el general francés Antonio Cristóbal Merlin (1771-1839) quien había sido ya en Italia ayuda de campo de José Bonaparte, estuvo a su lado cuando ocupó el trono de Nápoles y lo siguió al ser designado nuevo rey en España. Merlin había ascendido desde sargento mayor, en las primeras campañas militares de la Revolución francesa, hasta general de división durante la ocupación de la península ibérica. El general doblaba en edad a su prometida, pero la fortuna de ésta se hallaba

muy quebrantada. Se conserva una carta del rey José a su hermano Napoleón, firmada en El Pardo, el 21 de enero de 1809, en la que le pide que derogue «el decreto que confiscaba los géneros y productos coloniales» que perjudicaba a los propietarios españoles, y concluye: «Si aquí se cumpliera esta ley, mi ministro de la Guerra (el general O'Farrill) perdería las tres cuartas partes de sus rentas, que han llegado en azúcar a los puertos de Galicia; y dos sobrinas suyas, que le siguieron a Vitoria, y una de las cuales iba a casarse con un general francés, pierden su dote, que es muy considerable.»¹⁰

El decreto quedó sin efecto, y la boda de Mercedes y el general Merlin ocurrió el 31 de octubre de 1809, conjuntamente con la de su hermana Pepita de Santa Cruz, que casó el mismo día con Pedro Saenz, hijastro del general O'Farrill. Mercedes, en sus recuerdos y memorias, ha dejado informaciones abundantes de la primera entrevista que tuvo con el general Merlin y el proceso de su noviazgo con aquel francés cuyo aspecto le había parecido «frío y severo» cuando lo conoció. Han creído algunos que este matrimonio fue más producto de conveniencias que del amor. No obstante, se han descubierto las cartas que Mercedes escribió a su esposo cuando éste tuvo que salir de Madrid junto con el rey José el 9 de enero de 1810 al mando de un ejército de 60 000 hombres. Desde la primera, fechada en Madrid el 16 de enero de 1810, nos tropezamos con las expresiones de una enamorada joven que con cierta ingenuidad a veces, y otras con palabras apasionadas y referencias francamente eróticas, espera con impaciencia al amado. En el libro *La condesa de Merlin*, *musa del romanticismo*, publicado por Agustín de Figueroa, en Madrid, 1934, se incluyen copias facsimilares de estas cartas escritas en francés con una hermosa letra,

⁹ Recoge este dato Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 15, nota 1.

¹⁰ Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 31.

que pueden estimarse como los primeros tanteos literarios conocidos de la futura escritora. ¡Qué distintas estas cartas de amor a las que escribió más tarde, ya viuda, a Philarète Chasles! En éstas la emoción brota espontánea, la ternura, nueva y fresca, como que surge de los sentimientos de esta criolla de veintiún años. Las cartas que Mercedes escribe a su esposo desde Madrid están inflamadas de amor, son ardientes testimonios de su cariño. En una de ellas le dice: «¡Qué feliz soy al recibir tus cartas, amor mío! Las leo diez veces, otras mil las acerco a mis labios, y esta escena no acaba nunca sin verter alguna lágrima. Te lo repito, querido Merlin: todas las ocasiones me parecen pocas para demostrarte cuán ardiente es mi amor, cuán vivos y profundos mis sentimientos.» Tenemos que pensar que el amor estalló con fuerza incontenible, propia de tiempos románticos, entre ellos. Tantos renglones amorosos como se aglomeran en esas cartas no impiden que surja un comentario de Mercedes —siempre firma con este nombre— sobre la prosa que empleaba: «Escribo un francés endemoniado, ¿no es cierto? No te rías de mis faltas. El amor ha de ser indulgente. Además, no escribo en francés más que por darte gusto. Por coquetería, lo haría en español.»¹¹

Las años que siguieron fueron particularmente dolorosos para Mercedes. A finales de 1809 murió su madre, nació su primera hija, que se llamó Teresa como su abuela, tuvo que partir de España en el convoy que el 10 de agosto de 1812 se dirigió de Madrid a Valencia y de allí por Zaragoza y Jaca a Francia. En sus memorias recogió los incidentes de esta jornada durante la cual pudo comprobar cómo las guerrillas españolas no cesaban de hostilizar a las fuerzas francesas de ocupación ya en franca retirada y derrota. Por aque-

¹¹ Agustín de Figueroa, *La condesa de Merlin, musa del romanticismo*, Madrid, imprenta de Juan Bueyo, 1934, p. 86.

llos caminos ásperos y polvorientos iba el carruaje de una «francesada»: la generala Merlin.

Llega la criolla Mercedes de Santa Cruz a la capital francesa cuando está iniciándose el ocaso de la estrella napoleónica. Napoleón había abandonado a su primera esposa, Josefina, criolla de las Antillas, como Mercedes, y casó con una princesa austriaca. José, perdido el trono de España, quiso mantener en Francia el boato de su corte española. Entre sus cortesanos están los condes de Merlin. Cuando sobreviene la derrota de Napoleón, Mercedes contempla la entrada en París del nuevo rey, el Borbón Luis XVIII. Y viene el relámpago de los Cien Días, el rápido, frenético retorno del emperador, la derrota de Waterloo. Durante el reinado de los dos reyes borbónicos, Luis XVIII y Carlos X, los Merlin padecen cierto retraimiento debido al origen «revolucionario» y «bonapartista» del general. Ya tenía el matrimonio tres hijos y «madame la condesa» empieza a participar en veladas y reuniones en las que dejaba escuchar su bella voz.

Muchos datos prueban el lugar destacado que durante la tercera y cuarta década del siglo XIX ocupó la condesa de Merlin en aquella alta sociedad parisina que apenas había asimilado los años del destierro y las preocupaciones del imperio napoleónico. Los banqueros y arribistas de diversa catadura se mezclaban con los nobles de añeja estirpe y aristócratas surgidos a la sombra del manto napoleónico. Los Merlin viven primero en la calle Chauchat, más tarde y por muchos años, en la calle de Bondy. A estos salones, en donde la conversación banal se une a la lectura de poemas y a las interpretaciones musicales —sin que faltara en ocasiones algunos intentos de conspiración política— concurren miembros destacados de la vida política y económica y figuras relevantes de las artes y las letras. Escritores y artistas franceses hicieron de esta casa punto de reunión. La princesa de Ca-

raman Chimay, lord Palmerston, el general Lafayette, el conde D'Orsay concurrían a sus fiestas y reuniones. Celebridades del mundo literario como Víctor Hugo, Musset, Lamartine, levantaban el penacho del romanticismo triunfante y hacían oír sus voces vehementes en la mansión de «la belle créole». Viajeros llegados de la lejana isla natal, como José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco, José Luis Alfonso, Domingo del Monte, eran recibidos por su compatriota y paisana, la cordial condesa. Allí dejó escuchar su bella voz de soprano esta habanera hermosa. Allí Rossini interpretó muchas de sus piezas famosas. Allí inició su carrera artística la famosísima María Malibrán, cuyo padre, Manuel Vicente García había sido maestro de la condesa.

¿Poseía la condesa de Merlin verdaderos méritos artísticos o era meramente una dilettanti o aficionada discreta al canto a la cual rendían homenaje más por su gracia y belleza que por su estricta capacidad como intérprete? Resulta difícil responder a tal cuestión. Domingo Figarola-Caneda en su inestimable libro reunió muchísimos testimonios extraídos de la prensa francesa de la época, artículos firmados por ilustres plumas de la era romántica, en los que se entrelazan los más diversos encomios. Por ejemplo, Jules Janin, habla de «su brillante y vigorosa voz de soprano, de gran efecto». Arsène Houssaye también la elogia en sus «Recuerdos de medio siglo». Honorato de Balzac le dedica uno de sus primeros libros. El poeta español Martínez de la Rosa no dejaba de visitar a la condesa cuando viajaba a París. En La Revue Musicale, La Gazette de France, La Chronique y otros periódicos y revistas entre 1830 y 1840 aparecen reseñas en las que se habla entusiásticamente de las intervenciones de la condesa de Merlin.

Muchas de esas actividades artísticas se efectúan en veladas y conciertos organizados a favor de los refugiados políticos. Por ejemplo, Mercedes cantó en Ginebra, en ocasión

de un viaje a Suiza en 1825, en beneficio de los griegos que combatían por su independencia. En 1829, en la sala Vauxhall, de París, también en favor de los griegos. En 1831, en una velada en pro de los insurrectos polacos a la que asistió el general Lafayette, cantó «madame Merlin». En otra ocasión intervino en un concierto en favor de las víctimas del temblor de tierra en la Martinica. Figarola-Caneda incluye, en la sección iconográfica de su obra, la reproducción de un retrato de Mercedes vestida para la representación de Norma, la ópera de Bellini. La belle contesse Merlin luce allí con todos los esplendores de su belleza. También intervino en una velada en favor de los refugiados españoles. Y esa frecuente actividad en los salones de la alta sociedad de París se alterna con numerosos viajes al extranjero, a Alemania, Suiza, Inglaterra e Italia. Figarola cita una carta de Balzac dirigida a la condesa que se encontraba en Charenton, a donde se retiraba a descansar. Más tarde habitaría en el castillo de Dissay, cerca de Poitiers. Allí firmaría, el 15 de noviembre de 1842, la dedicatoria de su libro más discutido: La Havane. Toda esta vida de relaciones, fiestas, conciertos y viajes, concluye, en parte, cuando fallece el general y conde de Merlin en 1839. Mercedes queda viuda a los cincuenta años. Comienza la última etapa de su existencia, sus últimos doce años.

REINALDO ELEJALDE RODRIGUEZ

II

Las biografías y estudios sobre la condesa de Merlin se hallan plagados de errores y de interpretaciones precipitadas. Aunque en 1928 apareció la edición —póstuma— de la obra que le dedicó Domingo Figarola-Caneda —producto de más de veinte años de investigaciones efectuadas en La Habana y en París— no se entretuvieron los críticos, biógrafos y

autores de panoramas históricos de la literatura cubana en examinar dicho libro tan cargado de noticias sobre la vida y las obras de Mercedes de Santa Cruz. Los errores que se han seguido repitiendo se apoyaban en los datos que sobre ella ofrecía el prólogo que escribió Gertrudis Gómez de Avellaneda para la primera edición española de *Viaje a la Habana* (Madrid, 1844) y en los que incluyó Francisco Calcagno en su útil Diccionario biográfico cubano (New York, 1878). Pero ambos confundieron fechas y hasta inventaron títulos de supuestas obras de la condesa. Junto a esto siempre se hizo circular el rumor de que ella había comenzado a publicar obras literarias cuando, al morir su esposo, quedó en una situación económica deplorable. Otros, para explicar esa tardía dedicación literaria, la atribuyeron a que Mercedes de Santa Cruz al observar disminuidas por efectos de la edad sus capacidades como cantante se inclinó hacia la literatura. También se propagó —desde la publicación de sus primeros libros— que no era ella quien los escribía sino algún oculto y disimulado autor. Sobre estos puntos esperamos ofrecer algunos esclarecimientos.

Para abordar estas cuestiones, comencemos por su primera obra, *Mes douze premières années*, editada en París, sin nombre de autor, en 1831, ocho años antes de morir el general Merlin. Figarola-Caneda copia los datos de esta primera edición, en la que se dice: «Cet ouvrage, destiné par l'auteur a ses amis seuls, n'a pas été mis en vente.»¹² Dedicada a sus amigos y no estando a la venta mal podía ser una ayuda económica para su autora. Esta obra, como la mayoría de las que escribió Mercedes de Santa Cruz, es de carácter autobiográfico, destinada a rememorar sus años de niñez hasta la partida de su ciudad natal. La nota preliminar

que encabeza este libro resulta particularmente preciosa para evaluar los objetivos de la labor literaria a que se dedicó en los veinte años últimos de su vida:

No es una novela lo que va a leerse; es un simple relato de los recuerdos de mi niñez, debido a la casualidad. Paseándome sola en el campo una tarde de verano, entregada a una dulce melancolía, me sentí poco a poco transportada a lo pasado; buscaba allí en el curso de mi vida, los momentos en que había creído vislumbrar la imagen de la felicidad, y mi país, mi infancia, vinieron naturalmente a presentarse a mi pensamiento. Era esto como un dulce sueño; quise prolongarlo, al volver a casa tomé la pluma y tracé este ligero bosquejo de las primeras impresiones de mi vida. Dedicándolo a mis amigos creo hacerles casi una confianza; no les pido en cambio más que un poco de simpatía.

Muy lejos de mí la pretensión de ser autora. Pienso porque siento, y escribo lo que pienso. He aquí todo mi arte.¹³

Con esta obra la escritora habanera queda adscripta a una línea esencial y constante en el movimiento romántico; la corriente de la literatura confidencial que tantas excelentes muestras ofrecen las literaturas europeas de la época. Los románticos preferían el relato autobiográfico no tanto en cuanto a recuento de peripecias y aventuras, sino como forma de exponer sentimientos y emociones que, a través de la novela epistolar o de la narración de la propia existencia, ofrece al lector la posibilidad de asomarse a la vida interior del autor-protagonista. Con mucha claridad percibe la condesa de Merlin cuál es el eje fundamental de su obra dotada

¹² Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 97.

¹³ Condesa de Merlin, *ob. cit.*, p. 21.

del peculiar espíritu romántico: «Pienso porque siento, y escribo lo que pienso.»

Esta primera obra literaria de Mercedes de Santa Cruz narra los episodios de su infancia que, como dijimos, han servido de material a los estudiosos para reconstruir los primeros años de su vida. Varios de estos episodios los utilizaría más tarde en algunos de los capítulos de La Havane, pero ciertas páginas permiten conocer algo sobre las lecturas que realizaba y que tienen relación con el carácter de su propia obra. La inicia en forma epistolar: «Muchas veces has deseado, Leonor...», pero no prosigue así; esta Leonor sólo vuelve a ser mencionada muchas páginas después. Sobre su propia educación dice: «Creo que a un tiempo aprendí a leer y a hablar... pero mi primera instrucción fue muy descuidada.» Más tarde, cuando relata su viaje a España, cuenta que

...manifesté deseos de continuar el estudio de la lengua francesa, que ya empezaba a leer regularmente. El capitán García me ofreció las tragedias de Racine, único libro francés que tuviese a bordo, y me propuso acompañarme a leerlas y traducirlas.

Cuando está instalada en Madrid, la joven criolla tiene la oportunidad de mejorar su educación y dedicarse a la lectura:

Mi pasión al estudio aumentaba... Tenía mi madre una excelente librería... se nos permitía leer un gran número de novelas, como las de Richardson, Madame de Genlis, Madame de Stäel, etc... Sobre todo Rousseau y sus escritos me trastornaron la cabeza.

No discutiremos aquí algunos aspectos de esta primera obra. Lo haremos cuando analicemos su obra principal:

La Havane. Mis doce primeros años obtuvo alguna resonancia en la prensa francesa de la época; en 1838, era vertida al español por Agustín de Palma y publicada en Filadelfia. En su ciudad natal, sin embargo, la obra fue comentada el mismo año de su aparición por Domingo del Monte (1804-1853), en la Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba (número 1, mayo y junio, t. I, 1831). Tenía Del Monte a la sazón 27 años; no era todavía el animador de la literatura cubana como lo fue años después. Su juicio crítico sobre esta obra autobiográfica revela cómo pudo captar a cabalidad sus facetas de mayor importancia. Después de indicar que, aunque anónima parece conocer quién es su autora, afirma:

...no es ésta una novela, en cuanto se da este nombre a la narración de sucesos extraños o ficticios, hábilmente conducidos hasta el desenlace, con el fin de entretener y alimentar una vana curiosidad; antes pertenece a aquella clase de composiciones delicadas, a manera del Renato de Chateaubriand... y que tiene por objeto dilucidar los íntimos afectos del corazón y las concepciones más abstractas e imperceptibles del entendimiento, en las diferentes situaciones sociales en que por la edad, el sexo o el estado podemos hallarnos, presentando así al descubierto las distintas fases de nuestra naturaleza.¹⁴

Del Monte incluye extensos fragmentos de la obra (que seguramente tradujo él mismo) y los comenta y elogia «por la elegancia y aticismo de su lenguaje, y por una tinta ligerísima de melancolía y de ternura, esparcida por toda la obra con el gusto más acendrado». Al copiar cierta descripción

¹⁴ Domingo del Monte, Escritos, La Habana, Cultural, S. A. t. II, p. 284.

dice que «creerán aquellos lectores nuestros que estén al cabo de las producciones de la literatura francesa del día, que oyen una meditación poética de Alfonso de Lamartine o una página de Chateaubriand», lo que le permite recalcar «la sensibilidad, la delicadeza» de la escritora habanera.

Un año después, la condesa de Merlin publicaba *Histoire de la société Inès*, episodio de mes douze premiers années, en la imprenta de P. Dupont et Laguionie, Paris, 1832. Cuando cuatro años más tarde editó sus *Souvenirs et mémoires*, incluyó este episodio en su cuarto volumen. La obra está compuesta por el texto de la extensa carta que escribe a la propia Mercedes la monja joven y melancólica que conoció en el convento de Santa Clara. Tiene, pues, el tono confidencial y la forma epistolar que la escritora prefería. Publicada igualmente sin declarar el nombre del autor, este episodio, más imaginativo y novelesco que los anteriores, puede ubicarse a la sombra de la más sensible literatura romántica. El ambiente, exótico para los franceses, de la lejana isla anti-llana reaparece en este relato. Concluye con un apéndice en el que la autora reflexiona sobre el triste destino de la monja clarisa y sitúa este momento cuando estalla en España la insurrección contra la ocupación napoleónica, que comenta de este modo:

El cielo que se desgarró y lanzó el rayo sobre la tierra asombrada, no es más imponente ni más terrible que el aspecto de un pueblo sublevado que, sacudiendo sus cadenas, arroja el grito de libertad, y se venga en un día los ultrajes de un siglo. ¡Qué cosa más bella, más grandiosa, que ver a millares de hombres, animados por los mismos sentimientos, consagrando cada uno a la causa común sus bienes y su vida! Si una situación semejante pudiese durar, los hombres serían siem-

pre fuertes y siempre libres, porque el entusiasmo les serviría de virtud.¹⁵

En 1836 editaban en París los cuatro tomos de *Souvenirs et mémoires de madame la comtesse Merlin*, publicados por él mismo. Al año siguiente apareció una segunda edición en

francés. Daba ya a conocer su nombre al frente de sus obras. Preparaba seguramente una nueva edición de este libro, que

abarca hasta su huida de Madrid, pues Figarola-Caneda reproduce las notas, correcciones y variantes de un ejemplar

encuadernado que poseía la escritora y que comprende los tres primeros tomos. El último quedó intacto. En la revista

Aguinaldo Habanero, Del Monte publicaba el oportuno comentario y reproducción varios fragmentos traducidos por su

esposa Rosa Aldama, titulados «Diversions nocturnas», «Rainas», «Dudas en amor» y «Noble orgullo». En *Journal*

des Débats de 30 de junio de 1836 se incluía un artículo sobre esta obra firmado con las letras «Cs» que, según Figarola-Caneda, corresponden a Philarete Chastes. Ya tendre-

mos ocasión más adelante de encontrarnos con este personaje. No hemos podido hallar la cuarta obra de la condesa de

Merlin *Les loisirs d'une femme du monde*, editada en dos tomos en París (1838). Según Figarola-Caneda, el tomo primero y las 144 primeras páginas del segundo comprenden

la biografía de la famosa cantante Maria Malibran. Esta parte se titula *Maria*. De la obra se hizo una versión inglesa: *Memoirs of Madame Malibran*. Posteriormente, en 1845, se

publicaba *Lola et Maria*, en París, por el editor L. de Potter. De casi todas las obras de la escritora criolla se hicieron edi-

ciones en Bruselas y fueron traducidas al inglés y al español. Después de la publicación de los tres tomos de La Havane

(1844), libro al que dedicaremos una atención especial, la

condesa de Merlin publicó *Les lionnes de Paris* (Paris, Librairie d'Amyot, éditeur, 1845), en dos tomos. Apareció con el seudónimo «Feu le Prince de...» que utilizó, según un comentarista «por contener alusiones picantes y aun escenas enteras referentes a personas respetables que vivían entonces». La palabra *lionnes* se aplicaba a las mujeres de la alta sociedad que estaban de moda en su mundo frívolo. Posteriormente fue publicada otra nueva obra, *Le due d'Athènes* (Paris, Paul, Permain, et Cie, éditeurs, 1852) en tres tomos, con un prefacio del marqués de Foudras. Según anota Figarola: «A causa de un error del impresor, esta obra apareció bajo el nombre del autor del prólogo; pero el señor de Foudras se apresuró a restablecer la verdad y el libro pudo venderse con el nombre de su verdadero autor: la condesa de Merlin.»¹⁶ El propio investigador considera estas dos últimas obras como novelas, mientras que todas las anteriores son «memorias y biografías».

REINALDO ELEJALDE RODRIGUEZ

III

Cuando en 1839 muere el general Merlin se cierra una etapa de la vida de Mercedes. Los grandes gastos que ocasionaba aquel vivir mundano, ostentoso, habían seguramente mermado su hacienda. Desde hacía años deseaba visitar su isla natal. Llevaba prendida en su imaginación algunas estampas nostálgicas de paisajes tropicales, a los cuales la distancia y el tiempo teñían de colores deleitosos. Sus obras literarias rememoraban siempre el lugar de su infancia. Decidióse a emprender tan largo viaje. Recorrería ahora los paisajes tan añorados. El 19 de abril de 1840, la *Revue et gazette musicale de Paris* comentaba: «La música está dominada por la aflicción: madame la condesa de Merlin, la reina del más

melodioso de nuestros salones, ha partido.» La condesa tomó el primer barco que atravesó el Atlántico movido por vapor, el «Great Western» —al que habían cambiado el nombre por el de la famosa bailarina Fanny Elssler— en Bristol, el 16 de abril, en viaje hacia Nueva York. Llegó el 3 de mayo, y una semana después en la fragata «Cristóbal Colón» embarcaba hacia La Habana, donde iba a permanecer hasta el 25 de julio, fecha en que retornó a Francia en el buque «Le Havre-Guadeloupe.»¹⁷

En el breve tiempo que pasó en su patria, María de las Mercedes fue muy agasajada, concurrió a fiestas, contempló con rápida mirada el espectáculo, ahora para ella inusitado, de su isla que seguramente no se le apareció con los colores resplandecientes que su imaginación le revelaba, que su memoria había embellecido. El 22 de julio, poco antes de su partida, ofreció un concierto. Se reunió con los intelectuales más destacados de aquel momento en La Habana. Los poetas le dedicaron composiciones. Francisco Orgaz (1810-1863) compuso sonoros y ampulosos versos dedicados a su gloria: «Plácido», el poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844), que moriría fusilado cuatro años más tarde en la represión terrible que acompañó a la llamada «Conspiración de la escalera», le escribió esta estrofa:

Cuando el acento mágico resuena
de la noble Merlin, y su laureada
frente se ostenta de atractiva llena,
ni al Támesis ni al Po debemos nada,
nada tenemos que envidiar al Sena.

¹⁷ El 31 de mayo de 1840 le escribía José de la Luz y Caballero a José Luis Alfonso, que estaba en París, y le dice: «Se espera por momentos a la Merlin de los Estados Unidos, y por supuesto que aquí será atendida y obsequiada *comme il faut* por todos sus compatriotas», José de la Luz y Caballero, *De la vida íntima, epistolarios y diarios*, t. I, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945, p. 273.

¹⁶ Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 63.

Y después de estas comparaciones fluviales, la condesa, ya en París, se dedicó a componer un libro sobre La Havane. Allí podría mostrar bellos panoramas naturales, costumbres exóticas para los franceses, revelar un mundo nuevo a los lectores del viejo mundo. En las páginas de un libro de tal carácter podía mezclar cuadros pintorescos, lances de amores apasionados, ingenuos habitantes de los campos tropicales, esclavos de sombría y misteriosa silueta, todo con un horizonte de palmeras. Sin embargo, Mercedes de Santa Cruz se empeñó en preparar un libro de mayor ambición: una obra que presentara el estado político, social y económico de una colonia española en América que había adquirido en las últimas décadas creciente importancia. Le demoró algún tiempo. Solamente en 1844 salió editada en París La Havane, par madame la comtesse Merlin, Librairie d'Amyot compuesto por tres tomos, de 365 páginas, el primero; 424 páginas, el segundo; y 419, el tercero. Escrito en forma de cartas dirigidas a distintas personas, la obra incluía 36, además de un apéndice en el último volumen, con notas aclaratorias y documentos justificativos. Ese mismo año de 1844 se editaba en Madrid, en español, Viaje a la Habana, «por la condesa de Merlin, precedido de una biografía de esta ilustre cubana, por la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda». Este volumen único contenía solamente diez cartas y las notas aclaratorias y los documentos justificativos de la edición francesa no aparecían en ésta. También habían desaparecido los nombres de las personas a las que estaban dirigidas las cartas. Pero, eso sí, las dedicatorias que encabezan la edición francesa se reproducen en la edición española.

Los lectores de lengua española desde esa edición madrileña de 1844 —y las posteriores que se imprimieron en La Habana— creyeron disponer de una versión completa de La Havane, cuando es tan sólo una edición compendiada reducida. Casi todos los que han escrito acerca de la condesa de

Merlin y su obra no han observado esta cuestión, la han soslayado y no han querido indagar el por qué de estas dos ediciones tan diferentes. Intentemos el esclarecimiento.

Para conocer la génesis y composición de La Havane disponemos de un rico material. Por una parte, las cartas recibidas por Domingo del Monte y que éste conservó en su Centón epistolario editado en siete tomos casi un siglo después de su muerte. Por otra, tenemos a nuestra disposición las cartas de Mercedes de Santa Cruz dirigidas a Philarète Chasles, su amigo, amante y colaborador, que en su texto francés ocupan más de doscientas páginas de la obra de Figarola-Caneda, de las cuales tenemos la versión española editada en Madrid con el título Correspondencia íntima.

Desde que Domingo del Monte dio a conocer la primera obra literaria de Mercedes de Santa Cruz en su artículo crítico publicado en la Revisa y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba, fragmentos y comentarios de sus obras aparecieron en publicaciones cubanas.¹⁸ Ya en 1837, José Luis Alfonso escribe desde París a Del Monte tras una gestión para que Mercedes le proporcione algún texto para la revista Aguinaldo Habanero:

Más adelante te remitiré algunas de las composiciones que me pides, por si las juzgas dignas de figurar en el Aguinaldo de 1838, y también veré si puedo sacarle algo a la Merlin según me encargas.

A propósito de esta Señora, debo decirte que has incurrido en una inexactitud, de poca monta es verdad,

¹⁸ En el epistolario de José de la Luz y Caballero se encuentran varias referencias a la condesa de Merlin, a quien conoció en París en 1831. El 26 de mayo de ese año le escribe a José Luis Alfonso, que se halla en Ginebra y le dice: «Con la Merlin y Felipe Poey te he quitado el pellejo de firme, bien que tú, aun sin eso, vienes nuevo de tu romería por la tierra de promisión.» José de la Luz y Caballero, *ob. cit.*, p. 174.

cuando das noticias de ella. Es a saber: que su marido no ha sido ni es conde; y si ella se titula condesa, es por ser hija primogénita del conde Jaruco, según es la costumbre por estas tierras aristocráticas.¹⁹

Quien se equivoca es Alfonso pues el general Merlin era conde, título otorgado por José I, aunque Napoleón no lo reconoció después. Pero de ningún modo podía Mercedes ser «condesa de Jaruco» ya que el título correspondiente pasó a su hermano y no a ella. Alfonso vuelve a mencionar su relación con la condesa en otras cartas:

La Merlin me dijo el otro día que estaba escribiendo la vida de Madame Malibrán, y creo que era un trozo de estas memorias lo que iba a darme para el Aguiñaldo...²⁰

En ningún momento en estas cartas se recoge el rumor de que las obras de la Merlin no las escribía ella misma. Después, mientras permaneció en La Habana, leyó seguramente trabajos publicados e inéditos de los escritores cubanos. Se deduce esto de la carta que Félix Tanco Bosmeniel (1797-1859) envía desde Matanzas a Del Monte (27 de junio de 1840) en la que dice:

Querido Domingo: no deja de lisonjearme el juicio de Mme. Merlin sobre el 2do. cuadro de mi Linterna mágica, el Niño Fernando, por dos razones: la 1ra. porque es instruida y sabe lo que son estos primores o juguetes del ingenio; y la 2da. porque viniendo a ser casi extranjera en su misma patria, sus observaciones

¹⁹ Domingo del Monte, *Centón epistolario*, La Habana, Academia de la Historia, imprenta «El Siglo XX», t. III (1836-1838), p. 76.

²⁰ Domingo del Monte, *ob. cit.*, t. VII, p. 149.

son desinteresadas y sin preocupación en cuanto le voy presentando a la vista.

En el segundo párrafo autoriza a Del Monte que se entreguen a la visitante copias de sus trabajos literarios, y concluye en los siguientes términos:

¿Cómo está V. en relación con tal alto personaje? ¿Y qué piensa esta señora de las cosas de Cuba? ¿Qué piensa o qué siente sobre los negritos? ¿Qué es lo que ella cree sobre costumbres? ¿Cuál es su fe moral y religiosa? ¿Será otra George Sand o cosa así? ¿Tiene la fatuidad nobiliaria de sus paisanos?

En otra carta de Tanco a Del Monte, el 13 de agosto del mismo año, dice:

Clemente [Blanco] me ha dado a leer un papel tuyo sobre el foro o sobre los foros que tenemos, el cual papel lo escribiste para la condesa de Merlin, con otros varios relativos todos a cosas de Cuba; muy bueno me ha parecido tal papelito a los tales apuntes, que no es otra cosa, y mucho partido puede sacar de ellos la condesa, si escribe su viaje como yo lo supongo²¹

Tres años más tarde, Tanco le habla a Del Monte sobre un «Examen contra la Memoria de la Merlin» que está escribiendo: ha recibido una carta de José R. O'Farrill (seguramente pariente de ella) invitándole «a suscribirse a las obras políticas de la condesa»; pero sobre su propia labor explica que «seguí mi tarea con más fervor menudeándole los chicotazos a la pobre Mercedes».²² A esta carta del 22 de abril de 1843,

²¹ Domingo del Monte, *ob. cit.*, t. VIII, p. 189.

²² Reproducida por Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 75.

suceden otras del 18 y 27 de noviembre de dicho año en las que comunica a Del Monte que le enviará «mi papel contra la vieja Merlin» para que lo publique en La Habana o en Europa. Estas cartas están fechadas, según el Centón epistolario, t. VII, en Matanzas, y no en París, como copió erróneamente Figarola-Caneda. Cuando, por fin, se editó La Havane en 1844, Tanco Bosmeniel publicaría un fuerte ataque contra la Merlin en Diario de la Habana, firmado con el seudónimo Veráficolo, al que respondió José de la Luz y Caballero (1800-1862) en defensa de la escritora utilizando el seudónimo Fair-Play.

La Merlin (como la llaman estos contemporáneos suyos) había iniciado la redacción de su obra poco después de su regreso a Francia, y desde París escribía a Del Monte para interesarlo en el mayor éxito de la publicación que preparaba. El 27 de abril de 1842 le dice:

Un proyecto importante para nuestro país se promueve; nadie mejor que usted puede comprenderlo y ayudar a su ejecución... Los detalles del proyecto los enviamos a mi tío Juan Montalvo... Yo desearía, si la cosa se organiza, que usted tenga la bondad de encargarse de las notas y avisos que se han de enviar, pues nadie puede ser más a propósito y digno por todos estilos. El proyecto es importantísimo, y no dudo que tenga grande influencia en nuestros intereses y en los progresos de ese país... Aprovecho de esta ocasión para repetirle las gracias por sus notas que como habrá visto me fueron muy útiles.²³

En ese mismo año de 1842, José Antonio Saco (1797-1879) se encuentra con la condesa en París y no deja de

²³ Domingo del Monte, *ob. cit.*, t. V, p. 75.

comunicárselo a su amigo Del Monte. En 29 de julio, le escribe:

Te participo que la Merlin y yo estamos muy amigotes. Está en Versalles de temporada. Nos carteamos, me convida a comer con frecuencia, paseamos en carruaje, etc. Esto se explica en sabiendo que está escribiendo una obra sobre la isla de Cuba, para la que le he dado algunas notas. Te encargo que no hagas uso de esa noticia, porque yo no quiero aparecer responsable de ideas que pasan por la pluma de otro, cuando no tengo la seguridad de que son las mismas mías.²⁴

Pero en otra carta del 10 de octubre, es mucho más explícito:

De la obra de la Merlin quiero decirte a ti y a los demás amigos dos palabras. Yo le he dado muchas noticias, y además le escribí por deseos suyos, y a instancias de Carlos Drake, dos artículos, uno sobre foro y otro sobre la forma del gobierno de la isla de Cuba. En este último entré en algunas consideraciones, y me extendí a proponer los medios que creo convenientes para darle buenas instituciones. Sospechando siempre que la señora estaba sometida a ciertas influencias, quise eximir-la de todo compromiso, facultándola plenamente para que omitiese, aumentase o alterase mis escritos, así en la forma como en el fondo. Sé que así lo ha hecho, y aunque ella ha preocupado que yo vea su trabajo, siempre he sabido sacar el cuerpo, porque no quiero manifestarle mi aprobación ni mi desaprobación. Tú desearás saber cuáles son las influencias que juegan en el asunto. Siento no poder usar de nombres propios; pero no de-

²⁴ Reproducida por Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 118.

jarás de adivinar cuáles son, cuando recuerdes los vínculos de familia que la ligan.

Y añade:

A mí me parece que la obra tiene por objeto el proporcionar a la autora algún dinero, pues me figuro que no está en posición muy ventajosa. Creo que se trata de hacer entre sus parientes y amigos de la Habana una suscripción para la obra, y que a cada uno se dará un ejemplar a muy caro precio. Yo me alegraría mucho que la interesada sacase un gran partido, pues es señora muy recomendable²⁵

La primera publicación que hace la Merlin sobre su viaje a La Habana ve la luz en la famosa Revue des Deux-Mondes, el primero de junio de 1841. Lleva el título: Les esclaves dans les colonies espagnoles. Ese mismo año aparece en Madrid, imprenta de Alegría y Charlais, en un pequeño libro, sin nombre del traductor, pero aclarando en la nota preliminar que se tomaba de la revista francesa antes mencionada. El contenido de este ensayo o memoria constituye la carta XX del libro La Havane, dirigida al barón Charles Dupin, pero no se incluyó en la versión española Viaje a la Habana. Desde los primeros párrafos observamos cuáles son los puntos de vista de la autora:

La armonía mágica de la palabra libertad engaña a muchas imaginaciones y les causa vértigos... la filantropía concluye por hacer degollar a los blancos para sumergir en la miseria a los negros esperando darles libertad... los entusiastas pronunciarán un anatema contra mí, criolla endurecida, educada con ideas perni-

ciosas, y cuyos intereses están ligados con el principio de la esclavitud.²⁶ (El subrayado es mío. S. B.)

La condesa ha puesto las cartas sobre la mesa, a la vista. Cuando le confesaba a Del Monte, al hablar de su propia obra «no dudo que tenga grande influencia en nuestros intereses» está, efectivamente, revelando sus vínculos familiares con los hacendados propietarios de esclavos en Cuba. No extraña, pues, que en este trabajo —que se apresura a publicar en Madrid— se descubra la ideología de sus allegados sobre el candente problema de la esclavitud y del comercio de esclavos. Por eso, en forma muy concreta, allí afirma:

Nada más justo que la abolición de la trata de negros; nada más injusto que la emancipación de los esclavos.²⁷

Estos miembros de las clases dominantes, propietarios de esclavos, veían con terror cómo la población negra se hacía

²⁶ Los esclavos en las colonias españolas, Madrid, imprenta de Alegría y Charlais, 1841. (El nombre de la autora sólo aparece al final de la última página.)

²⁷ «La población criolla blanca poseedora de las riquezas y la cultura, en conflicto de intereses con España, no estaba, sin embargo, en disposición de arriesgar el disfrute de los privilegios económicos y las prerrogativas sociales que le daba su condición de esclavista, a cambio de la independencia. El temor a poner en riesgo el propio régimen de la esclavitud la opuso sistemáticamente a la idea de luchar por la emancipación. Le horrorizaba una sublevación de los esclavos. Necesitaba el poder militar de España para mantener la sumisión de los explotados. Y España, apoyándose en esta realidad más que en las armas, mantuvo su dominio en Cuba.» (...) «Arango y Parreño, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero, figuras prominentes en el pensamiento político cubano, durante la primera mitad del pasado siglo, no obstante su señalada preocupación por los progresos del país y sus pensamientos nacionales, conformaron totalmente su doctrina y su conducta a la trágica situación de una clase social que no podía luchar contra el amo español porque ella, a su vez, era ama de esclavos», ha dicho el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del PCC, en el acto central en conmemoración del XX aniversario del ataque al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, Oriente, el día 26 de Julio de 1973.

²⁵ Figarola-Caneda, ob. cit., p. 119.

cada año más numerosa, cómo se sucedían los levantamientos de esclavos en distintos lugares de la isla. El espectro de la insurrección de los esclavos en Haití se levantaba ante ellos. Pero de ningún modo querían aceptar la abolición del bárbaro sistema que creían imprescindible para el fortalecimiento de sus caudales. Por otra parte, los tratados firmados por España con Inglaterra para la supresión del comercio de esclavos no habían sido cumplidos, los cargamentos clandestinos de «los sacos de carbón», como los llamaban eufemísticamente, seguían aumentando la población esclava. No podían ser abolicionistas, pero las presiones que ejercen sobre ellos la política de Inglaterra y la indecisa posición de los gobiernos metropolitanos españoles les lleva a declararse, en gesto filantrópico, partidarios del cese de la trata.

Sobre los frecuentes levantamientos de esclavos en Cuba, la Merlin se hacía eco de los rumores que circulaban entre los propietarios de esclavos: «Casi todos los levantamientos de negros en las fincas de la Isla han sido excitados por agentes ingleses y algunos por franceses.»

Los ingleses habían hecho circular en inglés y en latín —dice la Merlin— una pretendida bula del Papa contra la esclavitud en América. Como a pesar de los esfuerzos realizados la población blanca de la isla no crecía, la escritora plantea el fomento de la emigración de colonos europeos. En una de sus cartas a Chasles, correspondiente a 11 de julio de 1841, toca igualmente este tema: ha escrito una nota a M. Havas, coordinador de la prensa periódica francesa para «estimular a los emigrantes alemanes que prefieran nuestra isla de Cuba... sin olvidar el que les tranquiliza acerca de los peligros de la fiebre amarilla.²⁸

²⁸ La condesa de Merlin, *Correspondencia íntima*, Madrid-París, 1928, traducida del francés por Boris Bureba y con un prólogo y notas biográficas, por doña Emilia Boxhorn, viuda de Figarola-Caneda, p. 54.

Pero al hablar de los esclavos, no deja de proclamar la fidelidad de los colonos a la corona española:

...creo no equivocarme diciendo que no hay un habitante de la colonia que, mediante algunas modificaciones saludables no prefieran, bien por afecto, bien por el conocimiento de sus verdaderos intereses, la dominación de España a las teorías nacionales, y más todavía, al yugo de cualquiera otra potencia. (El subrayado es mío. S. B.)

Llega hasta defender la bondad de la esclavitud en los tiempos modernos: «Hoy mismo se halla el mundo tan mal arreglado, que la esclavitud debe mirarse comparativamente como un bien.» El remedio mejor, la panacea que logre eliminar los maltratos que sufren los esclavos, debe ser la supresión del comercio (cuyos convenios y tratados los funcionarios metropolitanos y los propios propietarios de esclavos transgredían):

Si la prohibición de la trata fuese observada rigurosamente... se conseguiría la extinción de la esclavitud, sin sacudimiento, sin detrimento y por el solo hecho de la emancipación individual.

Si nos atenemos a lo que dice la condesa de Merlin, la benignidad del trato que daban los amos a sus esclavos en Cuba los colocaba en mejor situación que los de la antigua Roma. Relata con detalles en que se mezclan lo espeluznante con lo ridículo la actitud de su primo Rafael frente a una sublevación de esclavos en una de sus propiedades. Insiste en su planteamiento central:

...tenéis un medio de mejorar la suerte de los esclavos: sostened rigurosamente la abolición de la trata; los amos cuidarán más al esclavo, propiedad cuyo valor se aumen-

tará y lo que no se haya obtenido por humanidad se deberá al interés.

Ya en octubre y noviembre de 1843, la condesa de Merlin puede ver publicadas algunas de las cartas que formaran parte de su libro en La Presse bajo el título provisional *Fragments d'un voyage à la Havane*. Y, por último, salen de las prensas de los tres tomos de La Havane. Muchas de esas 36 cartas están dirigidas a su hija, madame Gentien de Dissay; pero otras las destina a personalidades de la época, bien escogidas según el asunto de cada carta. Por ejemplo, la carta XXV, que trata de las costumbres de las habaneras, está dirigida a Jorge Sand, así como la carta XXVII, en la que habla del tabaco, al vizconde Simeon, «director general del tabaco» en Francia. La carta XXXI en la que estudia el comercio de la isla la dirige al barón J. Rothschild, mientras que la XXXII, en la que narra la conquista de América y expone la campaña desarrollada por Bartolomé de las Casas en defensa de los indios está encomendada al vizconde de Chateaubriand.

Si revisamos el primer volumen de La Havane notamos que las doce primeras cartas no fueron incluidas en el Viaje a la Habana. Trata en ellas de la vida y costumbres en los Estados Unidos, etapa primera del viaje que no duró más de una semana. Relata su visita a Nueva York, Washington y Filadelfia, con abundantes datos. Es a esta parte de La Havane a la que se refiere Alejandro H. Everett en una de sus cartas a Del Monte (fecha en Nueva York, noviembre 27 de 1844) tras de escribir un comentario sobre el libro de la Merlin, y le dice: «Me asombró sobremanera la inexactitud de la condesa en casi todos sus datos estadísticos y aritméticos, y apenas sé qué interpretación darle.»²⁹

²⁹ Domingo del Monte, *ob. cit.*, t. VII, p. 132.

La carta XIII, dedicada a su hija, fue la primera que se incluyó en Viaje a la Habana. Relata cómo el barco se acercó a las costas cubanas; cómo vieron los pasajeros en la lejanía el Pan de Matanzas, el famoso monte cantado por Heredia, la ciudad de Matanzas y los pequeños pueblos costeros hasta las proximidades de la capital, etcétera.

Las cartas siguientes, desde la XIV hasta la XVII, se tradujeron al español enumerándolas desde la carta II a la V de Viaje a la Habana. La XVIII de la edición francesa no aparece en la versión española: narra la conquista de Cuba por Diego Velázquez. Presumimos que el tema era escabroso para los ojos de las autoridades españolas. La carta XIX no carece de interés: pinta con colores pintorescos la vida de los guajiros, los campesinos cubanos. No pareció tema complicado ni difícil: fue incluida como la carta VI de Viaje a la Habana. No nos puede extrañar que la carta XX que se interna en el peligroso tema de la esclavitud no aparezca en la versión española como ya hemos dicho. Las cartas XXI y XXII de La Havane poseen carácter costumbrista, las escenas de los velorios, las fiestas campesinas no chocan con la rígida suspicacia de las autoridades, por lo tanto son incluidas en la traducción aparecida en Madrid. Pero no le ocurre de igual modo a la carta siguiente, la XXIII, que en vano buscamos en Viaje a la Habana. Comprendemos su ausencia: trata de la administración de la justicia. Igual destino tuvo la siguiente, la carta XXIV de La Havane, que se ocupa del peliagudo problema del gobierno de los capitanes generales en la isla, sobre todo del general Miguel Tacón, de triste memoria para los criollos. La carta XXV, que se ocupa de las habaneras, fue eliminada. Las cartas XXVI, XXVII y XXVIII parecen muy serias y eruditas para lectores de lengua española, ya que tratan de la agricultura, del tabaco y de la «civilización intelectual» de La Habana. Por lo tanto fueron suprimidas de la edición española. Sin embargo, la carta

XXIX que se interesa en relatar ciertas costumbres privadas, sobre el amor y el juego, si se le da permiso de entrada en el tomo publicado en Madrid y la podemos leer como la carta IX de Viaje a la Habana. Por último la carta XXX, ejemplo del costumbrismo urbano, descripción de las noches habaneras con toques verdaderamente exóticos, pasó con el número X a cerrar el volumen editado en Madrid. De esa manera, la escritora habanera reducía a diez cartas la relación del viaje a su tierra natal que en la versión original francesa llegaban al número de treinta y seis.

Por lo tanto, en Viaje a la Habana se eliminaron todas las cartas que podían predisponer a las autoridades españolas contra la autora y contra la clase que representaba. Pero era a la gobernación colonial la que se temía, no a la peninsular. La carta XXXIII, dedicada a Francisco Martínez de la Rosa, constituye una moderada crítica del coloniaje español. En el sumario correspondiente a esta carta se dice: «A medida que la democracia ha hecho progresos en España, la dictadura que gobierna sus colonias ha devenido más rigurosa.» La carta XXXIV se refiere al «furor de los filósofos del siglo XVIII contra la conquista de la América meridional». Todo esto era posible publicar en París, no lo era en Madrid, y no le convenía a los parientes y allegados de la escritora que vivían en la isla antillana.

Por otra parte, la situación política en Cuba había variado desde 1840, año en que ocurrió el viaje. Durante 1844, tradicionalmente llamado por el pueblo cubano «el año del cuero», ocurrió la terrible represión emprendida con el pretexto de la denominada «conspiración de la escalera». La represión produjo la muerte de cientos de negros y mulatos, esclavos o libertos, pero llegó hasta los propios intelectuales blancos que formaban parte de las clases dominantes criollas, que habían mostrado «veleidades» en cuanto al problema de

la esclavitud.³⁰ José Antonio Saco estaba desterrado desde 1836, pero Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero, que se encontraban transitoriamente fuera de la isla, fueron encausados. Luz regresó precipitadamente para presentar sus descargos ante la acusación que se le hacía. Del Monte envió una comunicación, pero no regresó jamás. Nos podemos explicar por qué la carta XXVIII dedicada a hablar de la «civilización intelectual» de La Habana en la que se elogia a estos intelectuales, no fuera insertada en la versión española. Se conserva una carta de la Merlin a Del Monte, fechada en Versalles el 17 de junio de 1844, en la que le dice: «Paisano mío. Mucha pena me da la injusticia de que es Ud. víctima, y estoy pronta a hacer todo lo que esté en mí para serle útil.»³¹

Las «piezas justificativas» que la Merlin agregó como apéndices de La Havane corroboran los objetivos políticos que tuvo esta obra. Los documentos fueron obtenidos de la correspondencia del cónsul de Inglaterra en La Habana, David Turnbull, con lord Palmerston, ministro de Asuntos Extranjeros de esa nación. El documento número uno es

³⁰ «Al recordar que nuestro país fue en este continente, hasta hace sólo decenas de años, escenario de esa forma odiosa de explotación del hombre por el hombre, sentimos el deber de rendir el tributo que merecen aquellos abnegados luchadores esclavos que en el año 1843, en numerosos centrales de Matanzas, se sublevaron y murieron por centenares en los combates, en el cadalso, o apelando al suicidio, para romper las inhumanas cadenas que ataban de por vida sus cuerpos al trabajo. Poco se escribiría después sobre el extraordinario valor humano y político de estos hechos en las historias oficiales de los explotadores, y ningún monumento se erigiría en memoria de estos oscuros gladiadores, verdaderos héroes anónimos de las clases explotadas, que fueron como precursores en nuestra patria de la revolución de los que después de ellos fueron los modernos esclavos, los obreros», ha dicho al respecto el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del PCC, el día 26 de julio de 1973, en el acto central en conmemoración del XX aniversario del ataque al cuartel Moncada.

³¹ Domingo del Monte, *ob. cit.*, t. VI, p. 69.

la carta de Turnbull a lord Palmerston fechada en La Habana el 28 de mayo de 1841. A dicha carta, Turnbull adjuntó varios documentos: la «Memoria dirigida por la Junta de Fomento a la Regente Provisional de España sobre el tema de la abolición de la esclavitud y el comercio de esclavos», del 26 de febrero de 1841; la «Memoria del Ayuntamiento o Consejo Municipal de la Habana» dirigido a la Regente sobre los mismos temas; la «Memoria del Tribunal del Comercio de la Habana» a la Regente, y por último la «Memoria de los Habitantes de Cuba al Presidente-gobernador y capitán general de Cuba», sin fecha. El documento número dos es otra carta de Turnbull al vizconde Palmerston, fechada el 31 de agosto de 1841 en La Habana; el documento tres, y último, también es una carta de Turnbull con los mismos objetivos. Repetimos que dichos documentos no fueron incluidos en Viaje a la Habana.

Pero las dedicatorias que encabezan la edición francesa La Havane sí fueron vertidas en la española. La primera, «A mis compatriotas», tiene el tono fervoroso que se sintetiza en las palabras que pusimos al frente de este trabajo: «Francia, mi madre adoptiva, no ha cambiado nada, en nada ha disminuido mi ardiente afición por mi país; es ella la que os trae hoy como un religioso homenaje, el tributo de su experiencia, el fruto de su civilización.» La firma en el castillo de Dissay, el 15 de noviembre de 1842. La otra dedicatoria está dirigida a «Su Excelencia, el Capitán General O'Donnell», gobernador general de Cuba. Debemos repetir algunas de sus frases:

Al descubrir sus males a la Metrópoli, al indicar los remedios que deben oponérseles, apelo a vuestra alma generosa... Sed habanero, general; reformad las leyes, obtened una representación nacional para la Isla, mitigad vos mismo legalmente la dictadura del jefe supremo...

Tengo fe en vos, general. Vuestro nombre, vuestra reputación de bondad, de valor y de honor, he ahí mi fuerza, mi esperanza y la recompensa de mis desvelos.

Esta dedicatoria al capitán general O'Donnell no tiene fecha. Pero no podría coincidir con la fecha de la anterior, pues O'Donnell comenzó a gobernar en Cuba en octubre de 1843. Figarola-Caneda dice con razón que «por desgracia, ocupa las primeras páginas de La Habana uno de los nombres más profundamente odiados en la historia de Cuba»³² lo que es cierto; pero, queriendo paliar la responsabilidad de la escritora, afirma que «La Havane vio la luz pública en febrero de 1844, y las hazañas del déspota no comenzaron a evidenciarse hasta el mes siguiente», es decir, cuando la orgía de sangre que se realizó con el pretexto de la «conspiración de la escalera». Muy compasivamente, Figarola-Caneda concluye:

...cuatro meses después de publicada su obra — en junio— ¡con cuántas lágrimas de arrepentimiento y de indignación hubiera querido arrancar, de cada uno de los ejemplares de aquella, las páginas que en hora desgraciada hubo de dedicar a un gobernador que ningún cubano de aquellos tiempos podría recordar sin estremecerse!³³

No sabemos con exactitud en qué mes apareció la edición española de Viaje a la Habana, posiblemente fue poco tiempo antes o después de la francesa, aunque dentro del mismo año; en ella la dedicatoria a O'Donnell se mantuvo. Dejamos al lector las conclusiones acerca de la «poca suerte» que tuvo la condesa de Merlin al escoger el nombre del execrado gobernador para situarlo a la cabeza de su libro.

³² Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 158.

³³ Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 159.

Algunos comentarios sobre La Havane aparecieron en la prensa francesa coetánea, pero interesa más conocer las reacciones de la prensa cubana de la época. Ya en noviembre de 1843, el Faro Industrial de La Habana publicaba en su sección literaria unas «Cartas a Chucha» que se refieren a las opiniones de la Merlin sobre las mujeres cubanas expuestas en su carta a Jorge Sand que dada a conocer en francés se había traducido y publicado en Diario de la Habana. Estos comentarios habaneros, firmados con el nombre «Serafín» (que no sabemos a quién esconde) rechazan, a veces con indignación y otras con burlas, las observaciones que la condesa hace de sus compatriotas del mismo sexo. Mayor interés poseen los artículos que contra el Viaje a la Habana publicó Félix Tanco en el Diario de La Habana, firmados con el seudónimo «Veráfilo» y que recogió en Refutación del folleto intitulado Viaje a la Habana por la condesa Merlin del cual se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional «José Martí». En los trece artículos que allí se reproducen, Tanco señala con minuciosidad los errores de todo género que encuentra en el libro de la Merlin. Muchos de esos errores no tienen la menor importancia un siglo después, pero Tanco ofrece además algunos datos interesantes. Por ejemplo, afirma que en la casa de Juan Montalvo y O'Farrill, pariente de la condesa, «se le llenó una bolsa con muchos miles de francos. Recompensa anticipada a los elogios y favores que le reservaba la ilustre escritora»³⁴, pero mayor interés poseen sus anotaciones sobre los pretendidos fraudes que realizó la condesa plagiando algunas obras de los escritores cubanos de su época. Tanco fue seguramente el primero que estampó estas acusaciones de plagio que después los críticos e historiadores han reproducido. Menciona que «la historia de José María el guajiro...

³⁴ Refutación del folleto intitulado Viage (sic) a la Habana por la Condesa de Merlin, publicada en el Diario, por «Veráfilo», imprenta del Gobierno y Capitanía General, Habana, 1844.

es un solemne plagio de una novela escrita y publicada ya en la Habana», y que la carta IX del Viaje a la Habana no es más que una copia de «La Pascua en San Marcos»: «Una novela escrita y publicada... por uno de nuestros más aventajados amigos.» Se refiere a Ramón de Palma (1812-1860) cuya narración la publicó El Álbum en 1838. No se dio cuenta o no quiso citar, sin embargo, otros plagios que contiene el Viaje. Termina su extensa revisión haciéndose eco de una opinión que resume la suya propia: «La señora de Merlin, por decirlo de una vez, ha visto a la isla de Cuba con ojos parisienses y no ha querido comprender que la Habana no es París.» Agrega una nota: «Al editor de la Revista de Madrid» que había reproducido algunos fragmentos del Viaje. Debemos aclarar que Tanco ni ningún momento se refiere a La Havane, sino al Viaje a la Habana, ni tampoco roza el candente problema de la esclavitud. Recordemos que se publicaban esos artículos en 1844. Es de apuntar igualmente que en las cartas de Tanco a Del Monte, que citamos con anterioridad, menciona su propio «examen» contra «la vieja Merlin», pero siendo anteriores a la fecha del Viaje a la Habana, deben referirse, por tanto, a las publicaciones primeras que hizo la escritora antes de la edición de su libro.

Sobre la redacción y edición de La Havane no hay fuente más valiosa que las cartas que la Merlin envió a Philarète Chasles. Por ella sabemos que la escritora las fue redactando no sólo en París, sino en otros lugares donde vivió durante esos años. Dichas cartas demuestran que ella escribió su obra pero con la ayuda de los materiales que le entregaron Del Monte, Saco y otros cubanos y la colaboración de Chasles, con quien discute en las cartas sobre la propia organización de su libro. Resulta obvio indicar que esta faceta de Viaje a la Habana ha pasado inadvertida por quienes estudiaron la producción literaria de Mercedes de Santa Cruz.

Son muchas las cartas que se ocupan del libro. Desde Baden escribe a Chasles el 11 de agosto de 1841 y, después de hablarle de su estancia allí, le dice:

Lo cual me impide ocuparme de los arreglos que tendré que hacer a mi obra en embrión. Tengo, con Cotta, un intermediario para Alemania, y otro en Colburn, para Londres. Pero hace falta ceder: ¿creéis que podré enviaros los manuscritos que ya tengo, para empezar la traducción en alemán, en primer lugar? Mi trabajo acerca de los esclavos ha sido tratado bien por los periódicos alemanes, lo que ha contribuido aquí a todo género de éxito: se quitan mis memorias de las manos, sin hablar de lo demás.³⁵

En otra carta del mismo año, pero sin día ni mes, dice a Chasles:

He aquí mis cartas de La Presse que van a empezar a publicarse... Te ruego me envíes los nombres de los dos jóvenes, a los que debo escribir a la Habana, autores de algunos rasgos de costumbres que he anotado en mi obra; es necesario que les escriba con la mayor rapidez. El uno es Villaverde; pero me hace falta su nombre de pila, y del otro: los hallarás en los libritos que tú posees (p. 88).

Vuelve de nuevo a ocuparse de estos dos escritores en carta posterior:

No olvides citar a Ramón de (¿la?) Palma y a Cirilo Villaverde como escritores y poetas encantadores en el cuerpo de la obra; luego, en nota, al primero, como

³⁵ La Condesa de Merlin, *ob. cit.*, p. 69. (En adelante citamos páginas por esta edición).

habiéndole copiado algunos detalles acerca de costumbres, y el segundo, detalles descriptivos, etcétera. Todo eso, con un poco de música celestial. También es indispensable que escojas un lugar en la carta sobre las leyes para citar, con los mayores elogios, y como una honra del Colegio de abogados, al abogado Gobantes, y admitir excepciones honrosas en ese Colegio y en la Magistratura, con expresiones más marcadas de los que ya figuran en la carta citada. No lo olvides ¡te lo suplico! Con ello me harías gran placer. (pp. 125-126).

En carta del 6 de noviembre de 1842, le habla «de terminar nuestra obra», que se «ocupe de la traducción» (al inglés), y añade:

...creo que es indispensable que suprimas algunas cartas en la edición inglesa, ya sea de las de los Estados del Norte, ya de las más severas y que tengan interés puramente local, referentes a Cuba. Temo que estas cosas espantan en seguida al editor inglés, que no quiere más que cosas ligeras y graciosas, según veo... Si se envía y los editores, que siempre leen mal y por fragmentos, caen en primer término sobre la parte severa, es posible que eso perjudique para la aceptación de la obra. (p. 127).

Para esa proyectada edición inglesa le escribe desde Metz, el 14 de noviembre: «...¿Has suprimido algunas cartas en la edición inglesa, para no dejar más que la parte divertida?» (p.136) Al mismo tiempo que quiere obtener esa edición en Inglaterra, sobre la que siempre está apremiando a Chasles, se le ocurre hacer no sólo la edición en francés, sino también en español (proyecto que comunicó a Del Monte): «Creo que me decidiré a hacer una edición de 150 a 200 ejemplares

para la Habana, pero todo está paralizado a causa del atraso de la edición inglesa». (p. 143).

Las cartas que van apareciendo en los folletones de La Presse le proporcionan algún dinero; la edición inglesa parece fracasar, pero ella insiste que, en el texto francés, aparezcan las notas que ha preparado: «...Te he escrito una porción de cosas que es necesario terminar: Primero, las notas indispensables que has olvidado en mi tercer volumen». (p. 177) (Fecha en Metz, 30 de octubre de 1843.)

Y vuelve a insistir, en carta del 4 de noviembre: «Los nombres que te pido son los del autor de Vuelta Abajo y el de la historia de Luisa: los dos se encuentran en los libritos del Album de la Habana, y también la nota de Drake.» (p. 183).

Debemos pensar que la Merlin quiso indicar en su obra los nombres de los autores cubanos a los cuales había plagiado, para de algún modo ser correcta con ellos. Pero por deficiencias de la correspondencia con Chasles y también por negligencia de éste los nombres no aparecieron. Tanco había destacado la copia del relato de Ramón de Palma, posteriormente se advirtieron otras. Nadie observó que la escena costumbrista «velar el mondongo» es una reproducción de un artículo de José Victoriano Betancourt (1813-1875) del mismo título.³⁶ Es cierto que ella indicaba su deuda con la novela Luisa de José Zacarías González del Valle (1820-1851), pero en su obra no apareció dicho reconocimiento. Leyó y reprodujo las descripciones costumbristas de Cirilo Villaverde (1812-1894) aparecidas en su Excursión a la Vuelta Abajo, que fueron publicadas en aquellos libritos de El Album que ella menciona en sus cartas, pero a éste sí lo cita y elogia en

³⁶ José Victoriano Betancourt, en *La Cartera Cubana*, diciembre, 1838, reproducido en *Artículos de Costumbres*, La Habana, Cuadernos de Cultura, 1941, pp. 17-25.

la carta XXXV que contiene el relato de un paseo por la región occidental de la isla. Dice de Villaverde: «Son excelentes sus obras sobre las costumbres del país.» De los artículos de El Album copió en buena parte las descripciones de El Templete y otros monumentos habaneros. Por lo tanto, para las cartas «severas» de su obra utilizó las notas que le prepararon José Luis Alfonso, Domingo del Monte y quizás José de la Luz y Caballero,³⁷ hasta Carlos Drake que era uno de los miembros de la compañía «Drake, freres», comandatarios de la fragata «Cristóbal Colón», en la cual llegó a la Habana. Y para las cartas de mera distracción, de carácter novelesco, costumbrista y exóticos, entró a saco en los materiales que habían publicado los narradores cubanos.

En la redacción de La Havane quedaron ligadas motivaciones muy diversas: aprietos económicos, objetivos políticos y hasta resquemores amorosos con su colaborador Chasles. Así, en una carta del 24 de noviembre de 1843, cuando la obra está casi concluida, le escribe:

Necesito saber lo que es de esa desgraciada obra, que vos llamasteis «nuestra» y que se me figura ocupará en vuestro espíritu el mismo sitio que yo. Es indispensable que se publique en seguida en inglés, para que yo pueda publicarla en francés. La enviaría al diablo si sólo me hiciese falta a causa de mis intereses pecuniarios pero estoy asediada por mis compatriotas, y por el premio de oportunidad, que ya se me escapa, por la

³⁷ En la biografía que dedicó Enrique Piñeyro (1839-1911) a José de la Luz y Caballero (1800-1862), incluida en su libro *Hombres y glorias de América*, París, Garnier Hermanos, 1903, al comentar algunas opiniones sobre Luz, dice «...¿qué puede hoy a nadie importar que la condesa de Merlin haya dicho que Luz era “un químico de primer orden”? La condesa fue una brillante mujer de sociedad y amena autora de memorias, pero su voto en materias científicas pesa muy poco». (p. 207).

publicación del nuevo diario de Cassagnac, que está redactado en muy mal sentido... (p. 190).

A la Condesa le había surgido un competidor: A. Granier de Cassagnac³⁸ que estaba publicando al mismo tiempo que ella, una obra en la que se hablaba de Cuba: *Voyage aux Antilles*, cuyo segundo volumen apareció en 1844 con una mención elogiosa para «une Havanaise aussi célèbre par son esprit que par sa beauté».³⁹ Cassagnac conoció las cartas de la Merlin aún en manuscrito, según nos enteramos por una carta de ella a Chasles del 1 de junio de 1842, cuando solamente había dado a la prensa su memoria sobre la esclavitud en *Revue de Deux-Mondes*. Parece que este periodista había iniciado desde ese año una «suscripción en la Habana» y la correspondencia íntima de la Merlin permite entrever negociaciones de ella y de Chasles con Cassagnac para ajustar la oportunidad de las ediciones de *La Havane*, no sólo la francesa, sino también la inglesa, una española y otra alemana.

Para éstas escoge las cartas más «divertidas», pero más superficiales, para «dejar reservadas para la edición francesa las cartas más severas» (p. 122). *La Havane ve la luz pública* en febrero de 1844, como dijimos anteriormente; y en dicho año (pero sin anotar día ni mes) escribe a Chasles: «He sacado un extracto de la Habana, que continuaré, si cuando lo hayáis visto, lo juzgáis útil» (p. 196). ¿Sería este «extracto» la edición reducida de *Viaje a La Habana*? No lo sabemos. Tampoco sabemos quién fue el traductor de *La Havane* al

³⁸ De este periodista francés, Bernard Adolphe Granier de Cassagnac (1806-1880) dice Carlos Marx en *Las luchas de Francia de 1848 a 1850*, La Habana, Editora Política, 1964, p. 153, al hablar de «las respetables firmas» de los periódicos conservadores: «siendo una serie de venales penny-a-liners (a tanto la línea) con una larga práctica en su oficio, y que por dinero contante había defendido todo lo habido y por haber, como Granier de Cassagnac».

³⁹ Citado por Figarola-Caneda, *ob. cit.*, p. 80.

español; si fue la propia Condesa o algún amanuense. Figarola-Caneda subraya con minuciosidad los errores de traducción que se encuentran en la edición de Madrid y las equivocaciones sobre los cubanismos a pesar de que la Avellaneda en su prólogo calificó de «esmerada» dicha versión.

¿Quiere decir todo lo anterior que *Viaje a la Habana* es una obra deleznable e inútil? No lo creemos. No obstante sus errores y fallas de observación y la utilización de esos plagios de narradores y costumbristas cubanos, la obra ofrece una visión amena e interesante de aquella ciudad colonial de los trópicos que era La Habana de 1840. Aun puede pensarse que la inclusión de fragmentos de otros autores que se encontraban más próximos a la realidad que describía era un procedimiento similar al que ciertos artistas contemporáneos emplean bajo el título de collages. Es verdad que la condesa de Merlin ofrece una visión colonizante de su ciudad natal, una versión a ratos superficial tal como podía entregar una mujer formada en los ámbitos frívolos europeos. Ella buscaba el detalle exótico, lo peculiar de un ambiente tan lejano para sus lectores franceses. El tinte de melancolía y añoranza que observó Domingo del Monte en su primera obra literaria se encuentra sólo ocasionalmente en las páginas de *Viaje a la Habana*. Los prejuicios de clase, la actitud paternalista que no llega a suprimir del todo cierto disimulado racismo, como ya puede notarse en *Mis doce primeros años* no despoja a esta obra de la percepción de una sociedad donde la confrontación amo-esclavo sacude las conciencias, no importa las dependencias de clase que predominan sobre la autora del relato. Mercedes de Santa Cruz, esta habanera que provenía de la clase dominante de los hacendados y propietarios de esclavos, intentó esparcir por su relato el vibrante colorismo de un paisaje tropical que sirviera de escenario a unos personajes que, no obstante su muy distinta ubicación social, parecieran

felices, aun esos mismos esclavos a quienes veía sufrir bajo el régimen imperante. Cuando habla de las costumbres de los habaneros, son los «habaneros» de su propia clase y condición, cuando habla de sus «compatriotas» se refiere a los compatriotas de su misma procedencia social. Los objetivos pecuniarios y los propósitos políticos que dieron origen a este libro encuadran perfectamente sus características y sus deficiencias.

REINALDO ELEJALDE RODRIGUEZ IV

Cronistas y biógrafos atentos siempre a la trayectoria amorosa de los escritores que estudian, máxime cuando son mujeres, no han dejado de escudriñar en los afectos más o menos íntimos que suscitó la condesa de Merlin a su paso esplendoroso por los salones de las clases altas francesas. Durante los primeros años de la Restauración ella dedicó mucho tiempo a la educación de sus tres hijos.⁴⁰ Sabemos que se entregó apasionadamente a la lectura. Poníase al día en la literatura romántica que ofrecía nuevos nombres de poetas, prosistas y dramaturgos. Por algunos años, cuidó de su anciano tío, el general O'Farrill, desterrado de España tras el regreso de Fernando VII, mal llamado el deseado. En sus Memorias evoca la compañía de su esposo, el general Merlin:

El corazón bueno y noble de mi marido jamás se desmintió. Supo rodearme de cuidados y ternura cuando aún vivía dichosa entre los míos. Al separarme las

⁴⁰ El general Antonio Cristóbal Merlin y María de las Mercedes de Santa Cruz tuvieron tres hijos: María de las Mercedes Josefa Teresa Ana Manuela, nacida en Madrid en 1812 y fallecida en Autun (Francia) en 1876; Francisco Dieudonné Merlin y Santa Cruz, coronel de ingenieros, comendador de la Legión de Honor, quien en 1871 presidió el Consejo de Guerra de Versalles que juzgó a los defensores de la Comuna de París, nació en 1814 y murió en 1890; y Gonzalo Cristóbal Merlin y Santa Cruz, que nació en París en 1816, fue capitán de artillería y murió en La Habana en 1887.

circunstancias de parientes y amigos, arrojándome a una tierra extraña, mi felicidad constituyó para él una misión sagrada; nunca me faltó su afecto ni su apoyo.

La vida de los salones parisienses permitió a Mercedes de Santa Cruz recibir los mayores halagos por su belleza y su ingenio, por sus interpretaciones musicales. En Les salons d'autrefois, Souvenirs íntimes (1861-1865) por la condesa de Bassanville y en Los salones célebres de Sofía Gay hallamos recuerdos y referencias a la Merlin y a sus éxitos mundanos. Pero no creemos que esta indagación añada lustre a su personalidad. Hablan estos cronistas de amores más o menos sinceros; anotan alrededor de la bella criolla la presencia de un Mauricio de Ballincourt, conquistador de oficio, según parece; del marqués de Custine, del príncipe Jerónimo Bonaparte, sobrino del emperador, entre los muchos pretendientes que estuvieron en muy cercana relación con Mercedes y la cortejaron y amaron.

Pero cuando la condesa viuda de Merlin acerca su radiante persona a la etapa marchita del otoño de su belleza, va a tropezar con un hombre que le hará conocer el despecho, la indiferencia, el rencor, todas las amarguras. A través de la correspondencia íntima, que publicó Figarola-Caneda, podemos seguir los vericuetos más íntimos, pero también los más turbios, de sus amores con este hombre llamado Víctor Eufemio Philarète Chasles, nacido cerca de Chartres en 1799, diez años más joven que la escritora habanera. Philarète quiere decir en griego «amigo de la virtud». Fue estudiante afanoso, pero los cambios políticos de la época le obligaron a trabajar aún adolescente como tipógrafo. El propietario de la imprenta participó en una conspiración antibonapartista, fue descubierta y apresado tanto el principal como sus empleados. Conoció, pues, la cárcel de la que pudo

salir pronto gracias a la intervención de Chateaubriand. Pasó a Inglaterra donde conoció a los más notables escritores del momento. Más tarde, ya en Francia, colaboró en periódicos conservadores, hasta que llegó a ser profesor de lenguas de origen germánico en el Colegio de Francia, bibliotecario en la Biblioteca Mazarine. Publicó distintas obras sobre las literaturas inglesa y alemana, que dominaba.⁴¹ Murió en Venecia en 1873.

Antes de ser conferenciante y publicista de cierto renombre, Chasles colaboró en *Le Drapeau Blanc* como secretario del jefe de redacción barón de Eckstein. Por su intermedio debió conocer a la condesa de Merlin en 1836 cuando publicó un comentario a su obra *Memorias y recuerdos*, como dijimos anteriormente. Las primeras cartas que conservamos dirigidas a él por Mercedes de Santa Cruz no tienen fecha. ¿Suprimiría Figarola-Caneda las fechas de las primeras —si eran anteriores a 1839— que pudieran demostrar la existencia de estos amores antes de la muerte del general Merlin? No hemos podido confirmar esta hipótesis. Lo cierto es que las cartas que ocupan las páginas iniciales de la *Correspondencia íntima* revelan un amor impetuoso que sin ningún disimulo expresa Mercedes a este hombre, a pesar de que en una de ellas dice:

...nosotras las habaneras, confesamos siempre mucho menos de lo que sentimos —no sé qué pudor del

⁴¹ Entre las obras de Philarète Chasles se encuentra *Estudios sobre la literatura y las costumbres de los anglosajones en el siglo XIX*, París, Amyot, 1851. Nicolás Guillén encontró un viejo ejemplar de ese libro y le dedicó un comentario en sus crónicas *Ocios dominicales* del periódico *Hoy* y dice que: «En ella, Chasles presente ya la dominación del mundo por el imperialismo norteamericano, hoy en inevitable decadencia, pero cuya garra tiene todavía uñas penetrantes en más de un país no por rebelde menos mártir.»

corazón, orgulloso o arisco, combate sin descanso nuestras más tiernas inclinaciones...⁴²

No ha duda que Philarète Chasles —a quien en sus papeles íntimos Mercedes llama Víctor— ejerció gran influencia sobre el ánimo de la hermosa criolla; pero, sin duda alguna, supo aprovecharse de la pasión que esta mujer, ya en el otoño de su existencia, sintió por él. No hay ejemplo de epistolario tan lleno de pasión desesperada como el que muestran estas cartas de madame Merlin. Ni tampoco ningún otro que revele en el más desagradable aspecto a un hombre como aparece Chasles a través de las cartas de la mujer que decía amar.

Debemos pensar que la Merlin era la dama encumbrada que Chasles necesitaba para auparse en aquellos medios aristocráticos. Por otra parte, su tarea como consejero y después colaborador en la obra literaria de la condesa, le daba a ésta el tono profesional que necesitó para la parte «severa» de *La Havane*. En Baden, Metz y el castillo de Dissay están fechadas estas cartas. Junto a las expresiones de amor encontramos las menciones a sus triunfos en los salones y en los balnearios de moda. Tiene ya cincuenta años y todavía conquista admiradores por su belleza y aplausos por su voz. Las cartas correspondientes a 1842 empiezan a llenarse de observaciones sobre el libro que está escribiendo, los detalles de las proyectadas ediciones en inglés y alemán, las notas y aclaraciones que Chasles debe incluir. En París este hombre se ocupa con cierta displicencia —según advertimos por los comentarios que la Merlin hace— de las traducciones y las gestiones para editar lo que ella llama «nuestra obra».

⁴² Merlin, *Correspondencia íntima*, p. 47.

La situación económica de la condesa no es muy buena, y la de Chasles se halla igual. Además, él no sabe administrar el dinero. Esta palabra comienza a predominar en los renglones que antes estaban dedicados al amor. La carta del 14 de noviembre (1842) es definitiva: «Hubiéramos debido ser más previsores no pronunciando jamás entre nosotros la palabra dinero.» Y añade: «Ya no soy bastante rica para seguir los impulsos de mi corazón... Mi pobreza no alterará vuestros sentimientos hacia mí, me atreveré a creerlo; pero... si algún interés os inspiro, renunciad a ese tono imperativo, duro y marcial, al que no estoy acostumbrada.»⁴³

Por las cartas de finales de ese año podemos colegir que Chasles estuvo preso por deudas entre fines de noviembre y principios de diciembre. Ella le sugiere planes para salir de su situación, pero es inútil. Durante el año siguiente, la condesa tiene que pensar en vender sus joyas, su «diadema de perlas», su reloj, su coche. No tiene con qué pagar a sus criados. «Ahora me arrepiento amargamente —le escribe— por haber aceptado tu galante oferta de intervención en mis asuntos.» Las cartas de 1844 —que coinciden con la publicación de *La Havane*— muestran las reconvencciones, el despecho de la dama antes tan cortejada. Recrimina a Chasles su desdén, su olvido, le dedica alfilerazos irónicos: «Para gran filósofo, tenéis poca memoria.»

Pero no queremos demorarnos en este aspecto de la correspondencia íntima de la escritora habanera. Durante los últimos años de su vida parece que una sombra se extiende sobre sus actividades. En 1845 estuvo en Madrid. No era viaje de placer. La condesa fue a España con propósitos de reclamar ciertos bienes de fortuna que habían sido confiscados. En carta del 25 de octubre, fechada en Madrid, le confiesa a Chasles sus experiencias españolas: «No podéis

⁴³ Condesa de Merlin, *ob. cit.*, p. 187.

imaginaros lo que es la vida de pedigüeña... Sin embargo, es preciso reconocerlo: jamás pedigüeña fue tan bien tratada como yo.» (p. 199). Los ministros la visitan, allí están González Bravo, Narváez, Olózaga y otros españoles prominentes. Seguramente se encontró con Gertrudis Gómez de Avellaneda, que había prologado su *Viaje a la Habana*, que cada día obtenía nuevos triunfos con sus poesías, con sus piezas dramáticas.

De esta visita a España tenemos el testimonio de unas cartas escritas por Próspero Merimée (1803-1870), el famoso autor de *Carmen*. Visitaba a España enamorado como estaba de todo lo español. Y en esas cartas, muy mal intencionadas deja un retrato asaz productivo de la triste y famosa condesa de Merlin cuando estaba en la declinación de su belleza y de su fama. La conoció primero en París, y a la condesa de Montijo le escribía: «Madame Merlin está más joven que nunca. Me ha dicho que tiene vivos deseos de ir a Madrid, partiría enseguida de no tener las fatigas del viaje... y los peligros que pudiera correr su inocencia.»⁴⁴ En otra misiva, anota:

Madame Merlin se ha convertido en autora. Hace novelas anónimas, y me envía las pruebas para corregir con gran misterio. Esto me crea un gran conflicto, pues casi siempre me dan ganas de tacharlo todo. Se figura que nadie ha de saberlo, a pesar de haberse confiado a un editor. Hay en su obra alfilerazos bastante agudos contra ciertas personas conocidas, que, sin duda alguna, contribuirán al éxito. (p. 247).

Con este hombre, que de tal manera se expresaba de ella, tuvo que regresar a Francia. En una diligencia viaja-

⁴⁴ Figueroa, *ob. cit.*, p. 240.

ron juntos. Molesta todavía hoy leer los comentarios de Merimée sobre ese viaje. La condesa se quejaba de todo. No había obtenido ningún resultado favorable en sus peticiones. Nada había conseguido. Y en el coche, junto a Merimée, que se encargó de divulgar en aquellas cartas todos los inconvenientes, aun los más íntimos, del camino, la condesa sufría, por su desilusión, por su viaje inútil, por sus hijos que habían quedado en París. Todavía en otra carta, fechada el 11 de julio de 1846, Merimée escribía: «Madame Merlin está en Aix-la-Chapelle. La vi unos días antes de su marcha. A cien pasos, no se la daría más de treinta años... Efectos maravillosos de las capotas y los vestidos de verano.» (p. 253).

Había ido allí a buscar reposo, la mejoría para su salud quebrantada. Continuaba, aunque con grandes interrupciones, su correspondencia con Chasles. Ya no tiene deseos de preparar obras literarias: «En cuanto a la pluma, la detesto. Cuando se tiene la desgracia de presentir lo bello, sin alcanzarlo, hay que abandonar la partida. Además, mi salud quebrantada es incompatible con un excesivo trabajo intelectual.» (p. 215). En esos días, rompe definitivamente con el incansable ambicioso que es Chasles: «Adiós, le escribe, nunca te perdonaré el daño que me haces. ¿Qué te hice yo, para que tanto empeño pusieras en ser amado? ¿No hubiera sido más humana tu enemistad?» (p. 213).

Todos estos desengaños, la vejez, el aislamiento, fueron sofocando su temperamento usualmente vivo y animoso. Esperó pacientemente, con entereza, la muerte. Todas las amarguras se habían conjurado en torno suyo en los últimos años de su vida. En una de sus cartas postreras, explicaba: «Los médicos aseguran que sólo podría salvarme a fuerza de calma moral. ¡Calma moral! ¿Y cómo obtenerla cuando se vive en continua zozobra?» Su hijo Gonzalo confesaba

a Figarola-Caneda: «Sin temor a la muerte, resignada y preparada desde hacía mucho tiempo, bajó a la tumba con toda la serenidad que había conservado durante sus largos sufrimientos. Sus últimas palabras fueron para su hermano y para sus hijos.» Murió el 31 de marzo de 1852. Fue enterrada en el cementerio de Père-Lachaise. El corto acompañamiento que siguió a sus restos incluía a algunos cubanos que residían en la capital francesa. Los periódicos dedicaron algunos comentarios a su desaparición. Muchos años después, el más acucioso investigador de su vida y de sus obras encontró su tumba en aquel cementerio famoso. Estaba abandonada, cubierta de yerbas, sin un epitafio que la recordase.

Cuando atisbamos en la trayectoria vital de María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, escritora habanera de expresión francesa, constatamos el desenvolvimiento de una rica personalidad. Esta personalidad la advertimos en las radiaciones de su vivir mundano que dio fama a su salón de reuniones y a sus magníficas interpretaciones musicales, y en los muchos matices que observamos tanto en sus cartas íntimas como en sus obras literarias forjadas con sus recuerdos y nostalgias de infancia y adolescencia. Hemos de reconocer que los elogios a sus obras los suscitaba más la bella mujer que la escritora. En esas obras, siempre amenas, predomina una cálida imaginación, pero a veces parecen surgir de lo más adventicio a su persona. Es cierto, la brillantez y los halagos crecieron con las ediciones de estos libros. El lugar destacado que ocupó en los círculos exclusivos de las clases dominantes francesas revela que no era una improvisada ni una advenediza. La delicadeza de su trato, la amistad que la relacionó con escritores y artistas, su espíritu cultivado y amable fueron dotes que supieron apreciar quienes gozaron de su amistad. Llegase a pensar a dónde

hubiera podido llegar el talento de esta mujer en otros ambientes y en circunstancias que no fueran aquellas que la rodearon en sus años de mayor lustre. Como escritora no podemos, por supuesto, compararla con su compatriota Gertrudis Gómez de Avellaneda, pero como personalidad humana poseía rasgos que la sitúan en lugar destacado entre las mujeres notables del siglo XIX.

Salvador Bueno

REINALDO ELEJALDE RODRIGUEZ

REINALDO ELEJALDE RODRIGUEZ

APUNTES BIOGRÁFICOS DE LA CONDESA DE MERLIN

Por Gertrudis Gómez de Avellaneda

En medio de las varias causas que se reúnen para impedir que los hijos de Cuba, dotados en general de una viva y brillante imaginación, hayan podido aclimatar, por decirlo así, la literatura en su suelo, puede vanagloriarse de presentar a la Europa un nombre ilustre, que brilla ventajosamente colocado entre los más distinguidos de los escritores contemporáneos.

Las obras de la señora condesa de Merlin, si bien las vemos con disgusto destinadas a enriquecer la literatura francesa, son timbres honoríficos para el país que la vio nacer, y cuyo sol encendió aquella lozana imaginación, que aunque entibiada algún tanto bajo un cielo extranjero, todavía lanza destellos refulgentes, que sirven a su patria de magnífica aureola.

Desgracia es de Cuba que no florezcan en su suelo muchos de los aventajados ingenios que sabe producir. Heredia vivió y murió desterrado, y apenas llegaron furtivamente a sus compatriotas los inspirados tonos de su lira. La señora Merlin escribe en un país extranjero y en una lengua extranjera, como si favoreciesen diferentes circunstancias la fatalidad que despoja a la reina de las Antillas de sus más esclarecidos hijos.

Sin embargo, aquellas glorias trasplantadas a extrañas regiones no son por cierto inútiles a la patria: no son por cierto ingratas al cielo privilegiado que les dio la vida.